

## OCÉANOS

POR VICTORIA ÁVILA NAVARRO

OCTUBRE 2009

---

Había una vez un niño que se llamaba Océanos. Océanos vivía en una ciudad muy grande y no había visto nunca el mar. Su gran ilusión era conocerlo.

Cuando Océanos cumplió cinco años su madre le dijo:

–Océanos hoy es tu cumpleaños y como es tu cumpleaños puedes hacer lo que tú quieras.

Océanos pensó qué podía hacer para aprovechar un día tan especial y se decidió a ir al mar.

–Ya sé lo que voy a hacer, mamá. Voy a ir a conocer el mar.

–Mira hijo que eres pequeño y te perderás. No te vayas.

–No, mamá, no soy pequeño, ya tengo cinco años. Tú misma me has dicho que puedo hacer lo que quiera.

–Es cierto y si te empeñas no podré hacer más que prepararte unos bocadillos para el viaje.

Así que Océanos cogió un mantelito de cuadros rojos y un palo e hizo un atillo muy bonito donde metió los bocadillos y su osito de peluche. Sin pararse ni un minuto para apagar las velas de la tarta Océanos salió rumbo al mar. Pasaron horas y horas y el mar no aparecía. Hasta que cerca ya del anochecer Océanos llegó a la orilla del mar y se quedó pasmado al verlo.

– ¡Qué bonito, qué bonito! Mereció la pena andar tanto.

Océanos se sentó y se comió sus bocadillos escuchando el rompeolas. ¡Qué bien se sentía!, ¡qué bonito era el mar!, más bonito aún de lo que él se había imaginado.

Al rato de estar allí, el viento empezó a traer unas nubes muy oscuras, nubes de tormenta y se puso a llover. A Océanos no le gustaba que lloviera, pero menos todavía le gustaron los rayos y los truenos. De repente se sintió muy pequeño, y se acordó de su madre. Océanos quería volver a casa, mejor dicho no quería volver, quería estar allí ya, ahora mismísimo y eso era muy difícil así que el pobrecillo se echó a llorar.

Lloró y lloró y lloró cada vez más fuerte. Tanto lloró que los delfines lo oyeron y les dio pena del pobre niño de cinco años. La única manera de ahuyentar la tormenta es llamar a las sirenas. Los delfines sabían sus nombres y sabían que si persistían las sirenas vendrían y se llevarían la tormenta. Comenzaron a llamarlas.

Llamaron y llamaron y llamaron cada vez más fuerte. Tanto llamaron que llegaron las sirenas. A las sirenas les dio mucha pena ver al pobre Océanos llorando y empezaron a soplar.

Soplaron y soplaron y soplaron cada vez más fuerte. Tanto soplaron que las nubes llegaron hasta Indonesia. Entonces se vio la luna brillar en el cielo y sobre el mar. Océanos se tranquilizó y a la luz de la luna vio una caracola en la arena. La guardó en su atillo y se dispuso a volver. Les dijo adiós a los delfines con la mano y sin dejar de mirar a la luna empezó a caminar de vuelta a casa mientras canturreaba la canción que les había oído a las sirenas.